

T H E S A V R V S

BOLETIN

DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

TOMO XIX

Octubre-Diciembre 1964

NÚMERO 3

FILOLOGIA E HISTORIOGRAFIA EN LA OBRA DE RAMON MENENDEZ PIDAL

La fama internacional del sabio peninsular comenzó, y se dice pronto, hacia 1896, cuando su renovador trabajo sobre *La leyenda de los Infantes de Lara* atrajo la atención de los más renombrados especialistas alemanes y franceses. Tres años antes había dado forma don Ramón a otra exhaustiva investigación: *El Cantar de Mío Cid: texto, gramática y vocabulario*, premiada justamente por la Real Academia Española. Desde entonces ha laborado sin cesar, contribuyendo al estudio de nuestra lengua y de nuestra literatura con aportaciones definitivas, que iluminan tanto la Edad Media en su abigarrado conjunto (géneros e influencias, sentimientos, ideas políticas, instituciones, etc.) como el Siglo de Oro. Al cumplir noventa años en 1959, circulaba ya su otro libro importante: *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo*, donde reafirma tesis propias con bríos juveniles. Porque, no obstante su avanzadísima edad, sigue escribiendo y viajando: a Italia, Francia, Israel... Según los últimos despachos de prensa, ha recibido una invitación de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S. para hablar, en Moscú, sobre la épica de Oriente y Occidente.

Don Ramón Menéndez Pidal constituye, pues, en esta era de longevos, un fenómeno biológico e intelectual. Rebase ya los límites profesionales de la filología románica: se ha convertido en un símbolo viviente del humanismo europeo.

I.

Detengámonos a analizar su método y las teorías que le acreditan como fecundo, vigoroso y original explorador de nuestro pasado. Menéndez Pidal es, sin duda, para los exponentes de tres generaciones, el maestro incomparable. Pero antes recordemos los datos bio-bibliográficos fundamentales.

Nació el 13 de marzo de 1869 en La Coruña, alegre ciudad gallega bañada por el Atlántico, de familia asturiana. Fue discípulo, entre otros, del gran don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien orientó de manera genial la historia crítica de la literatura castellana y supo valorar altamente la producción lírica de Hispanoamérica. En 1893 leería su tesis doctoral sobre las fuentes de *El Conde Lucanor*, sentando así las bases para ulteriores indagaciones heurísticas. En los medios lingüísticos y filológicos su nombre traspasaba ya las fronteras patrias. El año 1899 significó para don Ramón el triunfo en las oposiciones a cátedra, ganando sin dificultad la de filología románica en la Universidad de Madrid. Seguidamente contrajo matrimonio con una de sus alumnas, María Goyri: debemos evocar, siempre que de él se trate, a esta mujer admirable, no sólo como esposa y madre ejemplar, sino también como excelente colaboradora en sus trabajos sobre el Romancero, Lope de Vega, etc. Una ilustre dama colombiana, doña Mercedes Gaibrois, esposa de otro notable historiador español, don Antonio Ballesteros y Beretta, diría de ella en 1956, con motivo de su fallecimiento:

Mujer inteligente y culta, sencilla y modesta, prodigó a su sabio compañero aquello que más puede beneficiar espiritualmente al hombre de estudio: la dulzura, la abnegación, la ternura, la comprensión, el sosiego: en suma, la paz. Aquella que trascendía diluía en el ambiente apacible del hogar-laboratorio de los Menéndez Pidal ¹.

Doña María, ayudándole diligentemente a ordenar su riquísimo fichero y actuando en todo momento como secre-

¹ *Homenaje a la memoria de Doña María Goiry de Menéndez Pidal*, Conferencia pronunciada por D^{ña} Mercedes Gaibrois de Ballesteros, Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales, 1956, págs. 35-36.

taria ideal, está en la génesis de muchos libros de don Ramón. Juntos emprendieron, además, fructíferas excursiones por los pueblos de España, recogiendo en Asturias, León y las dos Castillas innumerables cantares y relatos que la tradición oral ha preservado hasta nuestros días. Autora, ella misma, de sólidas monografías literarias, doña María le dio dos hijos que se han destacado a su vez como pedagogos e investigadores: Jimena y Gonzalo.

En el transcurso de este siglo, Menéndez Pidal ha sido un enérgico impulsor de su especialidad desde los siguientes cargos: vocal y Vicepresidente de la Junta para Ampliación de Estudios; Director del Centro de Estudios Históricos, de Madrid; fundador y Director de la prestigiosa *Revista de Filología Española*; Director de la Real Academia Española, hasta la fecha; Presidente de la Société de Linguistique Romane, etc.

En su calidad de profesor visitante, ha desarrollado memorables cursos y conferencias en las más célebres Universidades europeas y americanas. Es doctor *honoris causa* de Toulouse, Hamburgo, Tubinga, París, Lovaina, Bruselas, La Habana, Bonn... Multitud de selectas academias le han acogido en su seno, y figura ya entre los candidatos al premio Nobel. El Gobierno español le ha honrado con una altísima distinción: el Gran Collar de Alfonso X el Sabio. Hoy, más que nunca, se justifican las palabras encomiásticas del profesor suizo Arnald Steiger, cuando, en 1925, con ocasión del homenaje que a don Ramón tributaron sus discípulos y colegas, dijo: "Probablemente nunca aún llegó a ocupar un sabio de su índole una posición nacional e internacional tan elevada"². Porque, hoy, esta gloria se ha acrecentado: sus libros están ya en manos del gran público, debido a que el autor, con un don de síntesis extraordinario y en posesión de un estilo diáfano, tiene la rara virtud de ser asequible a todos, universal.

² Ramón Menéndez Pidal, (Cuadernos Biográficos, 1), Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales, 1951, pág. 20.

II.

Examinemos ahora brevemente sus trabajos capitales.

Entre las primeras obras de Menéndez Pidal figura, como ya he señalado, la edición crítica del *Cantar de Mio Cid* (1908-11; 2ª ed., 1944-6), galardonada por la Academia de la Lengua. En ella aplica las más exigentes normas científicas. Sobre la base del único manuscrito conservado, reproduce el texto paleográficamente y ofrece una versión ideal del poema según este criterio:

Si el códice único del siglo XIV se deriva — escribe Menéndez Pidal —, no de la tradición oral, sino de una serie de copias del primitivo original del siglo XII, será posible en muchos casos llegar al conocimiento de éste, salvando los yerros de aquél, haciendo desaparecer del texto la capa de modernismos con que el transcurso de siglo y medio empañó la faz primitiva del original ³.

El editor llena así tal vacío para fijar el texto y reconstruir, por tanto, el arquetipo, el manuscrito original, hoy perdido, e ilustra la evolución experimentada por el castellano durante ese lapso de tiempo. En consecuencia, dicha edición marca un hito, pues don Ramón proseguirá luego sus investigaciones lingüísticas, épicas e históricas partiendo de ella: es la raíz de trabajos que habrían de absorberle durante varias décadas.

El segundo estudio fue sobre *La leyenda de los Infantes de Lara* (1896; 2ª ed. aum., 1934). También se reconstituye aquí el poema, según Rohlf's "con gran verosimilitud" ⁴, a través de la prosificación contenida en las crónicas medievales. Sostiene que la épica no se reduce a unos cuantos monumentos aislados, sino que alcanza a vivir hasta el siglo XV y entronca, por ende, con los romances. Menéndez Pidal formula ya nítidamente su teoría de la tradicionalidad.

³ MENÉNDEZ PIDAL., *Cantar de Mio Cid: Texto, gramática y vocabulario*, 2ª ed., I, Madrid, 1944, pág. 34.

⁴ GERHARD ROHLF'S, *Manual de filología hispánica: Guía bibliográfica, crítica y metódica*, Trad. de Carlos Patiño Rossellí. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1957, pág. 61.

Dos años más tarde publica el catálogo de las Crónicas generales conservadas en la Real Biblioteca. Menéndez Pelayo se preguntó entonces:

¿Quién podría sospechar, si no conociese al autor, que bajo el modesto título y forma de catálogo se ocultase nada menos que el primer estudio formal acerca de la historiografía española, la primera y afortunada tentativa para desembrollar el caos de las innumerables redacciones y refundiciones, compilaciones y epítomes que, consultados aisladamente por los eruditos antiguos, han traído tantas confusiones al campo de la historia positiva y al de la historia poética y legendaria, que no es menos real que aquélla, aunque sea con otro género de verdad más honda? ⁵.

Simultáneamente iba descubriendo en los estratos populares la inagotable vena del Romancero: mostró su vital perduración tanto en Castilla como en la América Hispana (Perú, Chile, Argentina, Uruguay) y entre los sefardíes de Marruecos, Orán, Salónica, Rumania y Viena.

Durante el primer período de su actividad científica, Menéndez Pidal hace, por tanto, labor monográfica, erudita, y acopia materiales. Esta fase concluye aproximadamente hacia 1910, que es cuando se inicia el segundo período, con su obra de síntesis *La epopeya castellana a través de la literatura española* (edición francesa, París, 1910; edición española, Buenos Aires, 1945), como balance de un curso organizado por la Universidad John Hopkins, de Baltimore. El profesor S. Griswold Morley, de California, la enjuició de este modo: "Es la verdadera prueba de erudición el saber captar una vasta serie de hechos dispersos, ordenarlos sabiamente y sacar a luz las fuerzas que les dieron vida" ⁶.

Desde entonces, y hasta 1935, ahonda nuestro autor en la poesía tradicional, no sólo épica sino también lírica: véanse, por ejemplo, sus bellos estudios sobre *La primitiva poesía lírica española* (1919), *Poesía popular y poesía tradicional* (1922), y *Poesía juglaresca y juglares* (1924). Continúa, además, el estudio del Romancero: un fruto de su dominio del

⁵ "Cuaderno" cit. (nota 2), págs. 8-9.

⁶ "Cuaderno" cit., pág. 11.

tema es, aparte de *El Romancero español* (1910), la maravillosa *Flor nueva de romances viejos* (1928).

En el campo estrictamente lingüístico, una obra que lo consagra como genuino maestro, los *Orígenes del español* (1926), arroja torrentes de luz sobre la época preliteraria de nuestro idioma. Rohlfs caracteriza este libro diciendo de él que reconstruye la prehistoria del español entre los siglos IX y XII, “trabajando sobre fuentes desatendidas hasta entonces (glosas, documentos latinos, formas topónimas antiguas, mozárabe)”⁷. Un buen resumen es *El idioma español en sus primeros tiempos* (Buenos Aires, Colección Austral, 1942). Todos los romanistas saludaron tan importante obra por sus novedades, a veces revolucionarias, que abren inusitadas perspectivas — como ya indicó Walter von Wartburg — en orden a las leyes fonéticas.

Hay que consignar también el *Manual de gramática histórica española*, reeditado continuamente por su valor didáctico, fundamental para el estudio de la fonética y morfología históricas, circunstancias dialécticas, etc.

Tres años después, en 1929, da a la luz ese monumento de información y sagacidad histórica que es *La España del Cid*, coronando así una labor de treinta y cinco años. Frente a la cidofobia (el Cid mercenario, perjuro, etc.) de arabistas como el holandés Dozy, y otros, Menéndez Pidal rehace con penetración y acierto únicos la vida del héroe castellano en el marco de su tiempo. He aquí cómo plantea don Ramón el problema de las relaciones entre poesía e historia:

La ancha corriente de la creación artística — dice — relativa a Aquiles, Sigfrido o Roldán se nos muestra como un misterioso Nilo de ignotas e inexplorables fuentes, mientras el río épico cidiano se deja reconocer hasta en sus más altos orígenes, en las mismas cumbres donde brotan apartadas la poesía y la historia, que después mezclan sus aguas; la crítica filológica nos permite reconocer la historia primitiva, e igualmente nos deja llegar hasta la poesía coetánea, conservada para el héroe español y no para los otros; nos puede ayudar, como complemento de la historia, en el conocimiento del carácter heroico, así como nos ha auxiliado ya para conocer porme-

⁷ ROHLFS, ob. cit., pág. 133.

nores de hecho en que los textos poéticos están satisfactoriamente conformes con los históricos.

Y añade:

en ocasiones sucede que el carácter real del Cid es de mayor interés poético que el de la leyenda ⁸.

Menéndez Pidal subraya las virtudes excelsas del Campeador (lealtad, espíritu de justicia, medida, clarividencia), paladín de la resistencia cristiana, occidental, contra el Islam fanático representado por los almorávides. Todo el libro es una magnífica resurrección de aquella época decisiva para España y Europa, el siglo XI:

Recordemos — dice — que el Islam recobraba entonces un vigor extraordinario; los turcos en el Oriente derrotaban y aprisionaban al emperador de Bizancio y le quitaban provincias tan extensas como toda España; los beréberes en el Occidente derrotaban y rechazaban al emperador de España. Los dos extremos del Mediterráneo volvían a verse asaltados como en los días de la primera expansión árabe; pero Europa salvó la difícil situación, en Occidente con el Cid y en Oriente con las Cruzadas, dos acciones conjuntas hacia un mismo fin ⁹.

El insigne arabista G. Gabrieli, de la Universidad de Roma, ha podido escribir sobre este libro:

“La obra magistral de Menéndez Pidal, por la claridad y elegancia de su exposición, no alcanza sólo a los doctos, ni sólo a los españoles, sino a todo espíritu culto y estudioso de la gran historia”. Y el hispanista francés, G. Cirot, reconocería: “El Cid de Dozy, el ‘condottiere’, ha muerto. El de Risco no sobrevivió mucho tiempo. Tenemos ahora el de M. Pidal: éste vivirá y perdurará” ¹⁰.

Cuando la guerra civil sumió a España en el dolor de una tragedia sin precedentes, ya don Ramón era catedrático jubilado y preparaba la edición de sus obras completas. El fratricida conflicto le obligó a ausentarse durante varios años,

⁸ MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, 4ª ed., II, Madrid, Espasa-Calpe, 1947, pág. 594.

⁹ MENÉNDEZ PIDAL, ob. y vol. cit., pág. 609.

¹⁰ “Cuaderno” cit. (nota 2), pág. 14.

en Francia y América. Desde entonces se ha acentuado su preocupación por las grandes cuestiones nacionales, siempre a la luz de la filología y de la ciencia histórica, pero transido de fuerte patriotismo. Julián Marías lo ha puesto de relieve en un agudo ensayo:

Desde entonces — dice — el tiempo ha ido revelando lo que estaba en él en estado latente, para emplear su expresión favorita, lo que sólo afloraba acá y allá, lo mismo que los testimonios que pacientemente ha ido buscando y recogiendo desmienten el 'silencio de los siglos'. Menéndez Pidal, que se ha pasado la vida recorriendo España palmo a palmo — como los demás hombres del 98 —, descubriéndola no sólo en los archivos y en las bibliotecas, entre manuscritos y polvorientos legajos notariales, sino en los campos, en las aldeas, en el romance que recita la vieja, en la canción del arriero distraído, por los caminos de Castilla, Asturias o Andalucía, en el cristal sonoro que pone la moza junto a la fuente, mientras se llena su cántaro; Menéndez Pidal, tan sereno siempre, imperturbable, que parece frío, descubre al fin, mesuradamente, su secreto: el mismo de todos sus coetáneos, el motor de su obra entera, el acicate de su vida: la preocupación de España ¹¹.

Durante este período, el tercero, iniciado hacia 1935, la obra científica de don Ramón ha ido perfilándose en nuevas dimensiones histórico-culturales: sus trabajos, serenos y lúcidos, nos dan exégesis y valoraciones del pasado hispánico que son modelos de síntesis feliz: acuña un debatido concepto del Imperio medieval, desarrollando su punto de vista ya expuesto en *La España del Cid*; consolida sobre firmes bases críticas su teoría de la tradicionalidad, y, en prólogos enjundiosos — cuya lectura es inexcusable para quien aspire a sorprender la esencia de lo español —, intenta con gran perspicacia definir los caracteres primordiales de nuestra literatura y seguir los avatares de nuestra historia, desde la antigüedad romana hasta el presente. Ejemplos de tales actitudes son, entre los más expresivos, *El Imperio hispánico y los cinco reinos* (1950); *Los españoles en la historia y en la literatura* (1951), aparte del sugestivo prólogo al tomo II, sobre la época romana, de la *Historia de España* que actualmente dirige; *Castilla, la tra-*

¹¹ JULIÁN MARIÁS, *El 'claro varón' don Ramón Menéndez Pidal*, en *Los españoles*. Madrid, Revista de Occidente, 1962, pág. 175.

dición y el idioma (1945); *Cantos románicos andalusíes continuadores de una lírica latina vulgar* (1951); *Reliquias de la poesía épica española* (1951) y, como ya advertí, el estudio sobre *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo* (1959).

No olvidemos tampoco los artículos, conferencias y aun libros sobre el *Arte nuevo* de Lope, el honor en el teatro español, la lengua de Cristóbal Colón, el estilo de Santa Teresa, la *Idea imperial de Carlos V* y escritos ocasionales, pero siempre concienzudos y renovadores, sobre el P. Vitoria y fray Bartolomé de Las Casas, en una biografía del fogoso dominico ya apasionadamente controvertida (1963) y que todo hispanoamericano reflexivo debe leer, si quiere aproximarse de veras al hombre y a su tiempo ¹².

Aunque la producción de Menéndez Pidal es copiosa, predomina en ella la calidad sobre la cantidad, rasgo éste de la aristocracia espiritual. Con los títulos reseñados se tendrá una idea del investigador que, partiendo, hace setenta años, de un tema monográfico, ha ensanchado gradualmente su horizonte visual hasta abarcar con pupila de águila el vasto panorama de la Hispanidad en todos sus momentos creadores.

A los noventa y cinco años de edad está embarcado como un argonauta en la empresa — que llevará a término — de finalizar su *Historia de la Lengua y de la Epopeya*, así como la del *Romancero*: tres propósitos grandiosos para cuya realización ha acumulado la experiencia de tres generaciones.

III.

Y ahora refirámonos tanto al método como a las teorías que Menéndez Pidal avala con su firma desde 1893.

Don Ramón se asimiló en seguida los principios y técnicas de la escuela positivista alemana. Cuando apenas uno

¹² El lector interesado en estos y otros temas, puede acudir a las selecciones que el propio autor ha hecho de sus obras: *España y su historia*, 2 tomos, Madrid, Ediciones Minotauro, 1957; *Mis páginas preferidas: Temas literarios y Estudios lingüísticos e históricos*, (Antologías Hispánicas, 7 y 8), Madrid, Editorial Gredos, 1957.

que otro profesor utilizaba, casi en secreto, la *Gramática* de Diez — precursor de esa tendencia —, él dominaba la bibliografía europea antes, incluso, de graduarse. Por tanto, le eran absolutamente familiares los trabajos de Meyer-Lübke, Morf, Knust, Vollmöller, Gaston Paris, Morel-Fatio, etc. Según López Estrada en su *Introducción a la literatura medieval española*,

para los estudios medievales resultó de gran trascendencia el desarrollo de la filología positivista, que desde Diez culminó en el maestro de la escuela W. Meyer-Lübke: se estudió el español como lengua románica, y los dialectos iberorrománicos fueron objeto de minuciosa investigación. Tal actividad en el campo lingüístico tuvo su repercusión en el literario, pues los viejos textos medievales fueron tratados en su estudio y en su edición con la escrupulosidad que requería el ser viejos testimonios de la lengua y de la historia del país ¹³.

Sin embargo, aunque Menéndez Pidal adoptó el método positivista (en forma, además, autodidáctica, pues ni Menéndez Pelayo ni Milá y Fontanals, que tanto influirían en sus primeros pasos, se lo transmitieron), la edición del *Cantar de Mio Cid* revela ya un criterio muy amplio.

En el fondo, podría decirse [con Julián Marías] que Menéndez Pidal ha hecho su método de la superación de uno de los más graves errores del positivismo: la identificación de lo real con los datos. Más bien toma éstos como aquellos puntos en que la realidad se manifiesta y denuncia; es decir, que su principal misión es remitirnos a ésta, llamar la atención sobre ella, incitarnos a reconstruirla. Lo sorprendente — y ejemplar — es que un hombre que ha suscitado y poseído tan fabulosa cantidad de datos no haya caído en la tentación, que en él sería casi disculpable, de quedarse en ellos, de pensar que eran 'suficientes', que en ellos consistía la realidad objeto de su estudio histórico ¹⁴.

Y agrega Marías:

A medida que pasa el tiempo, y sin perjuicio de una continuidad de actitud y de doctrina que es uno de sus aspectos más admirables, la obra de Menéndez Pidal va adquiriendo un alcance intelectual

¹³ FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, *Introducción a la literatura medieval española*, Madrid, Editorial Gredos, 1952, págs. 168-169.

¹⁴ MARIAS, ob. cit., págs. 150-151.

mayor, va siendo cada vez más lúcida y profunda; sobre todo, va rebasando el área concreta de cada uno de los temas de que se ocupa, para llegar a puntos de vista de profundo interés teórico, en aquella zona en que convergen la lengua y la literatura, tomadas en su efectiva realidad, es decir, dentro de una sociedad que, por supuesto, es histórica ¹⁵.

Al obrar así, los resultados de la investigación exceden con mucho el angosto cauce del método positivista, y no sólo en orden a los 'textos', considerados por él como supervivencias, fragmentos de un conjunto perdido o no encontrado.

Menéndez Pidal, al ocuparse de los textos de la Edad Media, ha tenido siempre conciencia, cada vez más expresa y clara, de estar manejando a través de ellos una realidad más amplia, que era el auténtico objeto de su historia ¹⁶.

Tal comprobación puede hacerse, específicamente, en sus estudios sobre el Romancero o los orígenes de la poesía lírica española: don Ramón columbra una idea, su actitud es teórica, y acto seguido se pone a documentarla y corroborarla.

La aparición de los *romances de América* — dice Marías —, encontrados por haberlos buscado, cuando se sostenía que no existía tradición de ellos en el Nuevo Mundo, se parece extrañamente a la confirmación experimental de una hipótesis física, esto es, de un esquema teórico interpretativo, que ciertamente por sí solo no es ciencia, pero sin el cual ésta no es posible ¹⁷.

También ha visto demostrada su teoría del 'estado latente' — a la que aludiré luego — con el hallazgo de las *jarchyas*, cantarcillos romances en que terminan las *muwashahas* árabes y que se remontan al siglo XI; composiciones reputadas por él y por Dámaso Alonso como la "primavera temprana de la lírica europea", formada lenta y oscuramente al margen de la poesía erudita.

¹⁵ MARÍAS, ob. cit., pág. 149.

¹⁶ MARÍAS, ob. cit., pág. 151.

¹⁷ MARÍAS, ob. cit., pág. 152; cf. también MENÉNDEZ PIDAL, *Los romances de América y otros estudios*, (Colección "Austral", 55), 6ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1958, págs. 13-51.

Es lícito, pues, calificar de idealista el método pidaliano; sin embargo, del positivismo ha tomado sus reglas severas de crítica textual:

Menéndez Pidal, como maestro — expone López Estrada —, orienta la actividad de un grupo de investigadores; de común tienen éstos un principio de rigor en la técnica de las investigaciones que emprenden: conocimiento de la lengua, pulcritud en las ediciones, examen cuidadoso de los datos recogidos ¹⁸.

Las frecuentes y atinadas deducciones históricas que Menéndez Pidal hace en sus trabajos, representan un deliberado rechazo de la limitada concepción positivista. Por ejemplo, y como anota un comentarista, don Ramón,

en su estudio sobre el *Carácter originario de Castilla* (1943), se esfuerza por ver cómo el simple dato lingüístico puede convertirse en materia reveladora de parcelas enteras de la historia cultural de un pueblo. Y así, la historia de los orígenes de una lengua románica viene a servir para comprender y descubrir el inicial y perdurable carácter novador de Castilla, cuya lengua, así como sus ideales políticos, van progresando en cuña hacia el Mediodía, para imprimir carácter a toda la nación. Pero esta clave histórica a que Menéndez Pidal llegó partiendo de iniciales estudios especiales de lingüística o literatura primitivas, la señala como válida para el conjunto francés y el progresar de la onda nórdica novadora sobre los territorios provenzales del Mediodía. De este modo, los exámenes de los hechos lingüísticos testimoniados, de los cuales la ciencia positivista no quiere sino extraer unas leyes que no pasan de ser meros resúmenes, en estos estudios de Menéndez Pidal cobran valor histórico trascendente, llamando el interés de quienes nada tienen que ver con la especialidad lingüística ¹⁹.

Por último, dediquemos alguna atención a las teorías, estrechamente conexas, del tradicionalismo y del 'estado latente', que son la piedra angular de toda la investigación pidaliana en filología e historiografía.

Frente a los románticos, defensores de un misterioso *Volksgeist* o 'espíritu del pueblo' que informa la creación literaria — singularmente en los orígenes —, y también frente a la escuela 'individualista', don Ramón ha introducido

¹⁸ LÓPEZ ESTRADA, ob. cit., pág. 154.

¹⁹ "Cuaderno" cit. (nota 2), pág. 17.

un nuevo concepto de la poesía popular, que él denomina 'tradicional', y no restringe su aplicación únicamente a la española. Fueron, en particular, sus investigaciones sobre el Romancero las que le mostraron esta realidad como una constante de nuestra literatura, la cual refleja el conservadurismo del pueblo español. Según tal enfoque, la canción popular tiene un autor, una patria y una fecha, evidentemente; pero los tres son múltiples, por tratarse de algo colectivo²⁰. El arte literario español no considera su fin en sí mismo, sino que se adapta a los gustos cambiantes del pueblo, entendido éste como en las *Partidas* de Alfonso el Sabio: "Pueblo llamaron al ayuntamiento de todos los hombres comunalmente, de los mayores, de los menores y de los medianos". Por eso, el romance, en cuanto peculiar género literario, está saturado de popularismo y brota de la poesía épica juglaresca, que se torna tradicional.

En artículos publicados en la *Revista de Filología Española* (1914 y sigs., I III), bajo el título *Poesía popular y Romancero*, Menéndez Pidal explanó su teoría, que luego reaparece en otros muchos escritos. Al descubrirse, hacia 1947, las *jarchyas* o cantarcillos mozárabes en transcripción hebrea y árabe, entregó al *Boletín de la Real Academia Española* (XXXI (1951), págs. 187-270) un documentado estudio para ratificar sus viejos puntos de vista sobre el nacimiento de la lírica española. Como este trabajo ofrece una exposición muy clara de las teorías en pugna, y caracteriza satisfactoriamente la tradicional, nada más provechoso que escuchar al autor:

Sobre el origen de la poesía — dice Menéndez Pidal — en los pueblos de lengua romance pugnan dos teorías contrarias.

La teoría que podemos llamar individualista supone que la poesía en las nacientes lenguas romances surge por obra de los autores que escribieron los primeros textos hoy conservados; hubo antes otros textos perdidos, pero muy poco anteriores y nada significan ni tenemos

²⁰ Sin embargo, reconoce que "todo depende de la voluntad de un individuo, hasta la más pequeña variante en un verso del poema tradicional, hasta la más leve evolución ocurrida en un fonema del lenguaje materno. Y así el tradicionalismo viene a resultar un ultra-individualismo, mucho más individualista que el limitado individualismo" (cf. *Poesía juglaresca*, 1957, pág. viii).

para qué hablar de ellos como antecedentes históricos, porque toda obra de arte nace con el individuo genial que la crea y concluye con él su historia. No existen 'géneros literarios' sino en la mente de los tratadistas; no existen 'géneros' con entidad propia que exija ser completada suponiendo textos perdidos; sólo existen obras de uno y otro poeta individual, cada una gozando de plena sustantividad. Bien puede decirse que la literatura francesa comienza en el siglo XI, cuando se escribe la *Chanson de Roland*; que la literatura española surge en el siglo XII, con el *Poema del Cid*; y que en Italia no hay poesía de ninguna clase hasta el XIII. Estos individuos destacados que escribieron las primeras obras en lengua vulgar hoy conservadas emprendieron su nuevo camino inspirándose únicamente en obras de la latinidad antigua o medieval, a las cuales continúan y suceden. Podemos y debemos construir así la historia literaria únicamente sobre realidades tangibles; no hay para qué acudir a hipótesis, pues todas ellas se hacen a falta de fundamentos firmes.

Y añade don Ramón:

Frente a esta manera de ver, los tradicionalistas oponemos que los orígenes de las literaturas románicas son muy anteriores a los textos hoy subsistentes, y que éstos no pueden ser explicados sin contar con una larga tradición de textos perdidos en la que lentamente se han ido modelando la forma y el fondo habituales en los diversos géneros literarios; sujeto poco o mucho a estos moldes, el individuo más genial no puede escribir guiado sólo por su genialidad, sino encauzado y limitado por la tradición cultural en que él se ha formado y a la cual sirve. El río más impetuoso y más desbordado corre dentro de bordes irrebalsables.

A nombre de esta teoría podemos anticipar que es pura ilusión de quienes afirman una fecha de origen tardío, el creer que ellos no hacen hipótesis y que se atienen sólo a hechos tangibles. Alguna hipótesis es siempre necesaria, pues sin ella no podríamos salir de un atontado agnosticismo, empezando la historia de la poesía románica en los primeros textos conservados y prohibiéndose pensar en nada anterior, sea para afirmar su existencia, sea para negarla. Pero a esto no se resigna el espíritu humano, porque quedan en suspenso inquietantes problemas conexos... ²¹.

Hasta aquí Menéndez Pidal. Entre los investigadores partidarios del 'individualismo' figuran Joseph Bédier, Silvic

²¹ MENÉNDEZ PIDAL, *Cantos románicos andalusíes, continuadores de una lírica latina vulgar*, en *España, eslabón entre la cristiandad y el Islam*, (Colec. Austral, 1280), Madrid, Espasa-Calpe, 1956, págs. 62-64.

Pellegrini y Camilo Guerrieri Crocetti. Este último, por ejemplo, dice:

El Romancero no ha de ser considerado como un producto impersonal que haya primeramente germinado casi de la natural descomposición de los cantares, y después, por inspiración de aquel *quid* amorfo y misterioso que es la conciencia colectiva o una abstracta tradición, y, en la mejor de las hipótesis, por elaboración de poetas ignorantes, haya dado lugar a su vida y a su desarrollo. Toda obra de poesía presupone una personalidad, y diré más, una pluma guiada por una mano: esta personalidad podrá atender al gusto corriente, los motivos gratos al pueblo, hacerlos suyos o interpretarlos, pero podrá imprimir en ellos el acento de su alma, transfigurarlos y darles una nueva forma de vida ²².

Ahora bien, Menéndez Pidal replica:

La teoría tradicionalista se funda ante todo en distinguir claramente dos estilos, uno anónimo y otro personal. El estilo anónimo o colectivo es resultado natural de la trasmisión de una obra a través de varias generaciones, refundida por los varios propagadores de ella, los cuales en sus refundiciones y variantes van despojando el estilo del primer autor o autores sucesivos, de todo aquello que no conviene al gusto colectivo más corriente, y así van puliendo el estilo personal, como el agua del río pule y redondea las piedras que arrastra en su corriente. La crítica individualista no estima como radical la diferencia de uno y otro estilo, y se contenta con decir que el estilo "popular" no es sino el estilo de un poeta inculto, o que, aunque sea culto, permanece "pueblo". Pero no. Cuando un canto perdura en una larga y extensa popularidad, adquiere selectivamente el estilo que debemos llamar "tradicional", estilo común de la colectividad, no estilo personal de un individuo; estilo caracterizado por simplicidad perfecta, esencialidad intensa, liricidad transparente como el agua manantía, algo, en fin, elaborado y depurado en el transcurso del tiempo, tan inconfundible con el artificio de cualquier estilo individual, por sencillo que éste sea, como un producto natural es inconfundible con los fabricados por el hombre... ²³.

La primitiva lírica suscita, además, otra cuestión: el 'silencio de los siglos'. ¿Por qué no han sobrevivido al naufragio los poemas en romance, los cantares que de boca en boca circulaban de antiguo?

²² CAMILO GUERRIERI CROCKETTI, *L'epica spagnola*, Milano, 1944, págs. 85-86 (cit. por LÓPEZ ESTRADA, ob. cit., pág. 85).

²³ MENÉNDEZ PIDAL, *Cantos románicos andalusíes*, págs. 65-66.

Recogiendo con esmero todo dato documental — responde el maestro español —, por leve, difícil y disperso que aparezca, vemos que ese denso silencio de los siglos se rasga de cuando en cuando, permitiéndonos oír a lo lejos, en los más oscuros tiempos de la más remota Edad Media, los cantos de amor en las danzas y diversiones juglarescas que escandalizaban a los escritores eclesiásticos, o los cantares heroicos que importunaban el oído de los más severos cronistas. Es preciso reconocer una ininterrumpida actividad literaria, latente para nosotros, pero indudable y efectiva. Las lenguas románicas, desde que en el seno del bajo latín vulgar llevaban una vida embrionaria, hasta que se hallaron completamente formadas, no dejaron un momento de producir manifestaciones poéticas. Las literaturas románicas nacen con lentitud secular, conjuntamente con las lenguas románicas, lengua y poesía son una misma cosa... ²⁴.

Porque,

al lado de la poesía latina, escrita por los clérigos de la alta Edad Media, hubo una lírica en lengua latina vulgar y románica primitiva, poesía cantada por el pueblo iletrado, lírica que nadie pensaba escribir, tanto a causa de su lengua indómita para la pluma por sus sonidos ajenos al alfabeto latino, como a causa de sus temas, desconocidos también dentro de la secular práctica latina clásica. Sólo por un acaso extraño, esa lírica popular primitiva nos encontramos ahora con que nos ha dejado muestras puestas por escrito ²⁵.

Son las *jarchyas*, gracias a los poetas árabes y judíos de los siglos XI al XII. La imprecisión de la escritura semítica hizo posible esta conservación de tan hermosas cancioncillas mozárabes.

El concepto de 'estado latente' explica también el 'vivir encubierto' de los romances y de otras modalidades culturales.

Siendo de tan clara evidencia — dice Menéndez Pidal — la vida latente del romancero, nos ilustra para comprender otros estados latentes con los que muy eminentes investigadores no quieren contar, aunque tal ocultación es concepto absolutamente indispensable para explicar muchos puntos oscurísimos en la historia del lenguaje, de la literatura o de las instituciones sociales y políticas ²⁶.

²⁴ MENÉNDEZ PIDAL, *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*. 6^a ed. correg. y aum., Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957, págs. vi-vii.

²⁵ MENÉNDEZ PIDAL, *Cantos románicos andalusíes*. pág. 147.

²⁶ MENÉNDEZ PIDAL, *Romancero hispánico*, II, Madrid, Espasa-Calpe, 1953, pág. 361.

Merece, pues, señalarse el valor metódico de su idea. Puntualiza, sin embargo, don Ramón:

La noción de estado latente no es una explicación de cualquier fenómeno lingüístico en sí; explica sólo su existencia cuando parece no existir y apoya la explicación que pueda buscarse en la acción de un substrato, o de una colonización, o de un influjo lejano cualquiera ²⁷.

Julián Marías ha comprendido bien el pensamiento de Menéndez Pidal. Dice así:

cuando habla — con expresión feliz — de estado latente, hay que retener los dos términos: lo latente está latente y ese su modo de estar consiste en estar 'latiendo', palpitando, actuando históricamente, condicionando la porción de realidad histórica que es patente, visible, que emerge en forma de recuerdo o noticia erudita del mar del olvido, bajo el cual yace ... el sustrato de realidad que lo sustenta todo y al cual hay que llegar partiendo de los islotes en que se denuncia, y que los historiadores suelen llamar "datos". La historia es, quiérase o no, tectónica, y por eso su método tiene que ser una construcción intelectual ²⁸.

Otra interesantísima concepción del sabio peninsular es la de los 'frutos tardíos' de la cultura española: el Imperio de Carlos V, la novela de caballerías, el Romancero entre los siglos XIV y XVII, la mística, la nueva escolástica (Vitoria, Soto, Maldonado, Suárez), la técnica contrapuntística, el teatro nacional, la novela picaresca... Pero, a la vez, nos topamos con los 'frutos precoces': "España — dice don Ramón — es tierra de precursores, que se anticipan para luego quedar olvidados cuando su innovación surge después en otro país más robustamente preparada, mejor recibida y continuada" ²⁹. Así, verbigracia, el renacimiento de los estudios griegos en Aragón durante el siglo XIV, y desde el siglo XIX ciertos progresos científico-naturales y técnicos, injustamente menospreciados.

Habría que insistir asimismo sobre la primitiva influencia germánica en el origen de la poesía épica castellana, tesis

²⁷ MENÉNDEZ PIDAL, *Poesía juglaresca*, 6ª ed., 1957, pág. 338.

²⁸ MARIÁS, ob. cit., pág. 171.

²⁹ MENÉNDEZ PIDAL, *Los españoles en la historia y en la literatura: Dos ensayos*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1951, pág. 30.

que Menéndez Pidal ha sostenido durante largos años con plausibles argumentos literarios e históricos; sobre el verismo, y, por tanto, historicidad del poema épico español comparado con otros europeos (*Chanson de Roland*, *Nibelungos*, etc.), impugnado, sin éxito, por Leo Spitzer y Ernst Robert Curtius en lo tocante al Cid; sobre los 'mesteres' de juglaría y de clerecía; sobre el Prólogo a la *Historia de España*, en el cual traza una ponderada caracterología de nuestro pueblo a través de sus cualidades y defectos radicales (sobriedad, invidencia, desinterés, idealidad, individualismo, etc.).

IV.

Menéndez Pidal es, como vemos después de este rápido esbozo bio-bibliográfico y metodológico, un coloso. No sólo ha profundizado en la lengua, la literatura y la historia españolas e hispanoamericanas, sino que, por su magisterio excepcional, ha creado una escuela de romanistas y ha fijado pautas críticas, para el estudio de nuestro pasado, a las tres últimas generaciones: Américo Castro, A. García Solalinde, Tomás Navarro, Federico de Onís, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Rafael Lapesa, Samuel Gili Gaya, y tantos más, son sus discípulos inmediatos, para no enumerar los especialistas jóvenes, discípulos, a su vez, de los mencionados. Pero, además, don Ramón aprende incesantemente de ellos, con una modestia admirable.

Que un maestro — dice Gerardo Diego —, un gran maestro, aprenda de sus mayores y transmita luego saber y fuego a sus discípulos más jóvenes que él, resulta normal. Pero que, como don Ramón, ya desde su juventud influya venturosamente en sus maestros, y ahora siga aprendiendo todos los días, leyendo a sus discípulos de varias generaciones y tomando de sus nuevos descubrimientos y sugerencias estímulo para emprender nuevos trabajos profundos y dilatados, sin miedo al tiempo, alumbrando nuevas teorías, desentrañando con despiertísima sensibilidad misterios de biología histórica, lingüística y poética, esto sí que raya en el milagro ³⁰.

³⁰ GERARDO DIEGO, *Los tres mayores prodigios*, en *ABC* (Madrid), (13 de marzo de 1959), pág. 1.

Efectivamente, Menéndez Pidal no se empecina en defender tesis personales dogmáticamente, no se aferra a posiciones que la crítica pueda expugnar. A todos nos da una lección sublime de vocación, humildad y perseverancia. Su método es riguroso y honesto; su estilo humano, pulcro y generoso.

Al denunciar el alcibiadismo que se apodera hoy de muchos sujetos frívolos e impacientes, por lo común jóvenes atentos a la fácil satisfacción de su vanidad, escribió Menéndez Pidal, hace diez años, para la revista universitaria española *Alcalá*:

En la investigación, la novedad más firme es la que surge espontánea en el estudio de largo trabajo y meditación; es la que halla, sin preocuparse de hallarla, el que se ha sentido atraído por un tema, el que ha hecho suyo el laboreo de una cantera, a la cual arranca los bloques, los talla y con ellos alza una construcción. Esa construcción podrá ser grande o pequeña; no importa, siempre será austera y robustamente original, sin la menor sombra de novelería.

Y agregaba:

En la investigación, como en cualquier otro aspecto de la vida, la disciplina ética está en la base de todo, la probidad es antes que la capacidad ³¹.

ANTONIO ANTELO IGLESIAS.

Universidad del Valle.

Santiago de Cali, agosto de 1964.

³¹ MENÉNDEZ PIDAL, *Novedad y alcibiudismo*, en *Alcalá* (Madrid-Barcelona). núms. 28-29 (25 de marzo de 1953), págs. 1-2.